

todos á competencia, sufocan y aun previenen los mas justos remordimientos. No se hace en ellos estudio de parecer devoto, es verdad; pero se pone el mayor cuidado en observar las mas severas reglas, las obligaciones mas estrechas de la decencia. Y este especioso pretexto es puntualmente el que hace caer en el lazo á tantos y tantos, que por otra parte presumen de buenos cristianos, y aun de escrupulosos. Evita en adelante este escollo si quieres evitar un funesto naufragio. Si deseas vivir cristianamente, niegate en adelante á esas concurrencias puramente mundanas. No se pretende prohibirte todo género de visitas; haylas de caridad, de obligacion y de buena crianza. Cumple con estas, pero siempre con circunspeccion cristiana: la modestia en el traje, la gravedad en las palabras, y el piadoso decoro en posturas y modales deben ser tu distintivo en todas ocasiones. Gasta poco tiempo en las visitas, y mucho menos en aquellas concurrencias brillantes á que te precisan á asistir tu estado ó la atencion.

2. Está siempre alerta, y vive con la mayor reserva contra las sorpresas de los sentidos y contra el artificio de las pasiones en la diversion del campo y de la quinta. Desahóguese en buen hora el ánimo; pero el corazon nunca debe ser presa del amor propio. Si no vela uno continuamente sobre sí mismo, presto degenera el desahogo en relajacion, y la relajacion en licencia de costumbres. Las personas que hacen profesion de virtuosas, quedan muchas veces burladas por confiar demasiado en su virtud. El aire del campo no siempre inspira inclinacion al retiro: son pocas las personas virtuosas que no se relajen con él. Huye de todo lo que puede contribuir á tu relajacion. Evita el juego largo y demasiadamente continuado, las visitas prolijas, ciertas diversiones, que nunca carecen de peligro; y lejos de omitir alguno de tus

ejercicios espirituales ni devociones, aumenta, si es posible, estos deberes de cristiano: y ya que en este tiempo interrumpes las otras ocupaciones serias de tu estado, no por eso se ha de debiitar tu devocion entregándote á una peligrosa ociosidad.

#### SANTA MARÍA DE CERVERLLON, VÍRGEN.

En la nobilísima ciudad de Barcelona, cabeza del grande y valeroso principado de Cataluña, nació santa María para lustre de su linaje, inmortal gloria de aquella ciudad, y ejemplar de la sublimidad y grandeza de la religion cristiana. Fueron sus padres don Bernardo Guillen de Cervellon, hijo segundo de don Guillen de Cervellon, señor de muchos castillos y lugares, y de doña María, cuyo apellido se ignora; pero se debe suponer de igual nobleza á la de su consorte. Estos nobles esposos habian recibido del cielo abundancia de bienes de fortuna; pero sin embargo, vivian desconsolados porque les negaba el consuelo de ver asegurada su posteridad en algun fruto de bendicion. Hacian plegarias y promesas á los santos, principalmente la devota matrona, quien con su inocente vida juntaba un fervor maravilloso para ablandar las entrañas de la divina misericordia. Visitaba los santuarios mas nombrados, mandaba ofrecer á Dios sacrificios, y solicitaba la intercesion de aquellas personas que mas resplandecian en virtud. Vivía á la sazón san Pedro Nolasco, fundador del sagrado orden de Nuestra Señora de la Merced, y trataba mucho á los padres de Santa María, ya por la conformidad que tenian en las costumbres, y ya porque, además de dar al santo copiosas limosnas para la redencion de cautivos, tenian hecho testamento, en que dejaban toda su hacienda para este piadoso fin

en caso de morir sin sucesion. Habia rogado muchas veces al santo patriarca que fuese medianero con Dios para lograr sus pretensiones, hasta que un dia llegó á tanto su fervor, que, postrándose á sus piés con lágrimas en los ojos, le dijo: *Padre, no me levantaré de aquí hasta tanto que me prometais de parte de Dios el logro de mis justos deseos.* No pudo resistirse Nolasco, hizo oracion, y en breve tiempo conoció con evidencia la señora la eficacia de sus ruegos. El dia primero de diciembre de 1230 tuvieron los padres y deudos de María la gran complacencia de ver su dichoso nacimiento acompañado de circunstancias tan felices, que desde luego les hizo concebir grandes esperanzas de su santidad futura. Crióse con el cuidado y esmero correspondientes á la nobleza de su linaje, y en los primeros años de su infancia se dejaban ver las copiosas bendiciones con que el cielo la habia prevenido. No gustaba de otros entretenimientos que oír hablar de Dios y de los misterios de la redencion, en lo cual tenia todas sus delicias. Por esta causa aprendió muy en breve los rudimentos de la doctrina cristiana, y en lugar de los juguetes con que suele divertirse la pueril inocencia, pedia con santa simplicidad á su madre y á las criadas que le hablasen cosas de Dios.

Todo esto era un feliz anuncio de las sobresalientes virtudes en que habia de imitar á su esposo Jesucristo. Como este Señor se habia hecho pobre para enriquecer con sus gracias á todo el género humano, fijaba la santa niña su afecto en los que le representaban por su miseria. Apenas tenia edad para distinguir las impresiones que en su tierno corazon hacian los objetos, cuando ya preferia las que tocaban á la compasion y misericordia de sus prójimos. Poco mas de cinco años tenia cuando san Pedro Nolasco entró en Barcelona con ciento noventa y dos cautivos que habia sacado

de las mazmorras de Africa. Como sabia el santo cuán bien recibidos eran estos huéspedes en la casa de los Cervellones, envió allá un buen número de ellos á hospedarse. Luego que los vió la santa niña, se llenó de júbilo su alma, y llena de compasion no se cansaba de mirarlos, y mucho menos de regalarlos y servirlos. Con tan felices disposiciones fué creciendo la santa, y al mismo tiempo que la naturaleza iba facilitándole el uso de la razon, la gracia de Dios por su parte dirigia sus acciones y pensamientos con soberanas influencias. Comenzó á ejercitarse en algunas tiernas devociones en que manifestaba su encendido amor al Esposo de las virgenes y á su santísima Madre. Acompañaba á la suya cuando iba al templo, y con una devocion admirable frecuentaba el sacramento de la penitencia, llorando con sentidas lágrimas unos delitos imaginarios, que al espíritu menos fervoroso pudieran pasar por virtudes. Llegó el tiempo en que su padre espiritual juzgó que tenia todos los conocimientos necesarios, y edad oportuna para llegar á la sagrada mesa á participar del pan de los ángeles; y habiéndole dado permiso para comulgar, fueron tantos los ejercicios piadosos con que se preparó, que desde luego pudieron pronosticarse fácilmente los copiosos frutos que habia de producir en ella el celestial manjar. Uno de ellos, y no el menos admirable, fué un afecto tan delicado á la santa virginidad, que desde aquel punto comenzó á estimarla como una joya preciosa que la hacia semejante á los ángeles. Era correspondiente á la estimacion que de ella hacia, el esmero que ponía en conservarla. Guardaba dentro de su casa un exacto retiro, no permitiendo que la viesén ojos humanos, ni fijando jamás los suyos en objeto que pudiese despertar en su alma el deseo menos impuro. Su recato era ciertamente extremado. Yendo un dia á la iglesia con su

madre, no pudo esta excusar que la acompañasen algunos caballeros de la primera nobleza de Barcelona. Aplaudían en la santa doncella, no menos las prendas naturales con que la había adornado el cielo, que la modestia y virtud con que ella las realzaba. Tan absorto iba su espíritu en Dios y sus ojos tan recatados, que, notando su madre que tocaba en groseria su indiferencia, se lo advirtió, diciendo: *Advierte, hija, la cortesía que te hacen estos caballeros.* A lo cual respondió la santa: *Madre, cuando voy al templo no acierto á pensar en otra cosa que en Dios.* Despues, con un semblante lleno de modestia y pudor virginal, se volvió á los caballeros, y les dijo: *Señores, suplico á Vds. que me perdonen el descuido, que no ha estado en mi mano.*

La continua lectura de libros espirituales era como una lluvia benéfica que causaba admirables aumentos en sus santas disposiciones. Leia con sumo gusto las vidas de los santos, y en sus ejemplos hallaba una escuela en donde aprender el arreglo y direccion de su vida. Habia compuesto san Pedro Nolasco un compendio de la de santa Isabel, reina de Hungría, á la cual tenia el santo particular devocion. Este libro llegó á manos de María, y se engolfó tanto en su lectura y en la contemplacion de las virtudes en que habia resplandecido aquella gran princesa, que se encendió en deseos de imitarla. De su leccion procedió aquella particular delicia con que se empleaba en la oracion, gastando en ella todo el tiempo que le permitian las precisas ocupaciones de su casa, y la debida obediencia á lo que le mandaba su madre. De la lectura y oracion resultó tal desprecio del mundo, que se negaba aun á las visitas de sus parientes. Suplialas con otras mas propias de la caridad cristiana; pues cada semana asistia tres veces en compañía de su madre á los hospitales para ejercita en

ellos todos los oficios de la caridad. Consideraba en los pobres unos hermanos suyos, que por pobres y enfermos representaban mas bien la persona de Jesucristo; y así los asistia con indecible esmero, sirviéndoles la comida por su mano, haciéndoles las camas, y ocupándose en otros ministerios aun mas humildes y asquerosos. Estos mismos oficios practicaba con sus parientes, haciendo la caridad que fuese ella misma en persona á sus casas á servirlos cuando estaban enfermos, siendo así que no recibia sus visitas cuando estaban sanos. El tiempo que le quedaba libre de tan santos ejercicios le empleaba en obras de manos, trabajando para el aseo y ornato de los templos, ó para la comodidad y limpieza de los pobres que estaban en los hospitales. A estos ejercicios añadia otros de mortificacion con que hacia pagar á su inocente cuerpo delitos que no habia cometido. Sus ayunos eran mas rigurosos y frecuentes de lo que permitian la delicadeza de su constitucion y la debilidad de sus fuerzas; pero como son las del espíritu, y no las corporales, las que se necesitan para semejantes ejercicios, al rigor de los ayunos añadia la aspereza del cilicio y el castigo de frecuentes disciplinas. Este fervor necesitaba de un talento bien experimentado en materias espirituales para que no padeciese algun peligroso extravío en su carrera. Conoció la santa esta necesidad, y acudió á Dios con fervorosas lágrimas, doblando los ayunos y penitencias, pidiéndole con ansia se dignase señalarle por su propia mano un varon igualmente docto que virtuoso á quien confiar la direccion de su espíritu para caminar con seguridad tranquila por las sendas de la virtud. Una peticion tan justa no podia menos de encontrar un benigno acogimiento en las entrañas de la divina misericordia. Parece que de antemano se habia esmerado Dios en formar con su gracia un varon á propósito para tan

delicado empleo; pues por aquel tiempo florecia en el Real convento de Santa Eulalia el venerable padre fray Bernardo de Corbera con opinion no menos ilustre en materia de letras que en asuntos de virtud. Confesóse la santa con él, y á pocas veces que notó el celestial espíritu que animaba sus consejos, llegó á persuadirse que Dios habia oido su súplica, y le habia destinado aquel santo padre para maestro de su conciencia.

Las multiplicadas virtudes de la santa doncella, juntamente con las grandes prendas de nobleza y hermosura con que el cielo la habia adornado, eran un objeto que no podian menos de atraer las atenciones de aquellos que deseaban contraer matrimonio. Todos los jóvenes nobles de la ciudad de Barcelona concibieron una noble emulacion, adelantándose cada cual á poder merecer la mano de la santa joven. Muchos de ellos hicieron repetidas instancias á los padres y deudos de la santa, proponiéndoles partidos ventajosos, y solicitando les concediesen la dicha de dársela por esposa. Los padres vacilaban entre el deseo de ver establecida á su hija con enlaces ventajosos á su familia, y entre el de no contradecir á las santas inclinaciones que admiraban en ella. Temian por tanto decirle cosa alguna, rezelándose que la proposicion del casamiento no podria menos de causarle disgusto. Tenia la santa un tio llamado don Gerardo Alemani de Cervellon, hombre de grandes prendas, en quien competian la destreza en dirigir los negocios mas difíciles, y la prudencia en ejecutarlos. Fuése un dia á casa de la santa con ánimo de proponerle un casamiento ventajosísimo; y habiéndola llamado al oratorio, le propuso todas las razones que podian moverla á elegir aquel estado para la comodidad propia y para el lustre de su familia. Oyóle la santa llena de una modestia virginal, y con

suma tranquilidad y reposo le respondió así: *Agradezco, señor tio, vuestro cuidado de mi felicidad, y los deseos que manifestais de que yo la disfrute en el estado que me habeis propuesto; pero esta es una materia que necesita consultarse mucho con Dios para no aventurar el acierto. Reconozco la debilidad de mis fuerzas para permanecer en el estado en que me hallo; pero sé que Dios favorece con su gracia los buenos deseos de los que quieren servirle. Yo encomendaré á Dios este negocio, y cuando fuere necesario, comunicaré á mis padres la resolucion que entendiere ser del agrado de su divina Majestad. Entre tanto, os suplico no volvais á hablarme en una materia tan opuesta á mis inclinaciones. Por lo demás, yo os venero como debo, y os doy muchas gracias por el interés que tomais en las conveniencias de mis padres y en las mias.* Quedó el tio admirado de tan prudente y ejemplar respuesta, y dejando en el oratorio á su sobrina, fué á dar cuenta á sus padres de su constante resolucion. Parecióle á Maria que en esta accion habia alcanzado una completa victoria de sí misma, y de las vanas promesas con que convidaba el mundo á alistarse bajo de sus estandartes. Vió gracias á Dios como autor de todo bien, y comenzó á manifestarse agradecida con nuevo fervor en la ejecucion de la piedad cristiana. Duplicó sus ayunos, su oracion y sus penitencias: hizo mas riguroso su retiro, y entregóse sin reserva á los ejercicios de humildad y de caridad cristiana. A los criados y criadas de su casa los miraba con el mismo aprecio que si fuesen sus propios hermanos. Ayudábalos en su trabajo, les suministraba celestiales consuelos cuando los veia afligidos, y echaba el resto de su ardiente caridad cuando los veia enfermos. Ella los servia por sí misma, les hacia las camas, les administraba las medicinas, y parecia mas bien una tierna madre que una señora. Para tan fervorosos oficios era corta

esfera su casa; y así se iba á los hospitales en compañía de su madre, en donde lograba su caridad perfecto desahogo. Vióse esto un día en que, estando puesta de rodillas lavando las manos á una enferma, que, además de su dolencia y pobreza, exhalaba por todas partes un hedor asqueroso é intolerable, no pudo contener la especial complacencia que sentia en su alma. Arrebatada del entusiasmo de la caridad, dijo á su madre éstas notables palabras: *Ahora sí, madre mia, ahora sí que soy toda de Jesus, pues soy toda de los pobres.*

Corriase el comun enemigo de ver en una tierna doncella virtudes tan heróicas; y así intentó atajarle los pasos por todos los medios imaginables. Unas veces le sugería las grandes comodidades que podría disfrutar en el mundo, y los inocentes deleites que podría tener en la compañía de un amable esposo. Otras veces hacia que formase escrúpulo sobre los bienes de que privaba á su casa y familia por la obstinada resolución de mantenerse soltera. Otras, finalmente, ponía delante de su imaginacion los peligrosos escollos de que estaba sembrado el rumbo que seguía, por lo cual le sería imposible permanecer toda su vida sin que naufragase su constancia. Este combate adquirió nuevo vigor por la casualidad de haberse presentado en aquella sazón un jóven igualmente poderoso que ilustre, el cual pretendía su mano. Los padres y parientes de la santa la importunaron con ruegos, la molestaron con representaciones de lo ventajoso que era aquel enlace para el acrecentamiento de su casa; últimamente, no dejaron medio de que no se valiesen para doblar, si fuese posible, su entereza. A estos combates opuso la santa por su parte nuevos ayunos, nuevas penitencias y fervorosas oraciones, con que salió triunfante. Pero desde aquel momento deseaba con ansia ponerse en un estado en

que se cerrase del todo la puerta á semejantes contingencias. Dios, que estaba á la vista, satisfizo sus deseos, disponiendo que el día 12 de diciembre predicase su confesor los elogios de santa Eulalia, patrona de la ciudad de Barcelona y de toda Cataluña. El sermón se redujo principalmente á formar un elogio de la sublime virtud de la virginidad, y á ponderar cuánto esmero se debia poner en evitar los lazos que el mundo opone á su conservacion. Hizo el venerable padre este discurso con tanta uncion y con palabras tan vivas y penetrantes, que, no pudiendo nuestra santa resistir sus efectos, sin reparar que estaba en el templo, se llegó á su madre, y con lágrimas en los ojos le tomó las manos, y le dijo: *Madre, ¿no veis cómo habla conmigo el predicador? ¿no veis cómo se dirige á mi las razones y espíritu con que Dios mueve su lengua? ¿no bastará ya esto para enseñanza mia, y para que mis padres y mis deudos se desengañen?* Los suspiros interrumpieron sus razones; la madre enternecida procuró su consuelo, diciendo: *Sosíégate, y no llores, hija, que no se te hará violencia alguna; y puesto que Dios te llama para ser esposa suya, todã serás de Dios.* Volvió á su casa acabados los sagrados officios, y encerrada en su aposento, quiso cortar de una vez todas las esperanzas que sobre ella podia tener el mundo. Abrazóse con un divino crucifijo, y regando con lágrimas sus sacratísimos piés, le consagró su virginidad con perpetuo voto. A esta resolución añadió otra mas difícil, cual fué el cortarse el cabello que hasta entonces habia sido el incentivo que habian tenido para pretenderla los amadores del mundo. Despojóse igualmente de los vestidos de seda y de todo adorno precioso, vistiéndose en su lugar de una tosca saya de paño, con la cual se presentó á sus padres. La admiracion, el dolor y la sorpresa se apoderaron de sus corazones, y mucho mas cuando oyeron est-